



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

De Asúa, Miguel: *Una gloria silenciosa. Dos siglos de ciencia en Argentina*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010.

Esteban Greif

UBA

estebangreif@hotmail.com

Políticos, aficionados, extranjeros, nacionales, militares, médicos, revistas, institutos, universidades y otros tantos se congregan a la hora de constituir doscientos años de ciencia en la Argentina. En *Una gloria silenciosa. Dos siglos de ciencia en Argentina*, Miguel de Asúa nos presenta el amplísimo panorama de personajes e instituciones que hicieron posible el desarrollo científico en estas latitudes. El libro recorre los diferentes escenarios en que se desarrolló la ciencia Argentina y el contexto social, político y económico en que se desarrollaron aquellas figuras que protagonizaron su avance, como las instituciones que los cobijaron o ellos mismos crearon para la tarea que los solicitaba.

La obra se divide en 30 capítulos en los que se desarrollan dos formatos diferentes de referencia en el texto. En los *Episodios* la dinámica textual permite conocer los “hechos” de la ciencia argentina y los protagonistas de cada caso. Más interesante resultan aquellos capítulos que bajo el rótulo de *Ciencia e historia* nos muestran los diferentes momentos, los procesos y el contexto en el que se enmarca la labor científica argentina. De tal modo, el libro presenta una organización por momentos un tanto dual que llega a desorientar a quien pretende seguir la línea

del relato, pero por otro lado enriquece la prolijidad y la comprensión más cabal de las diferentes etapas del desarrollo científico argentino.

Asimismo, *Una Gloria silenciosa* se nos presenta como un libro dentro lo que podríamos llamar “alta divulgación”: accesible para un público general con un mínimo manejo de la temática, se desarrolla ordenadamente y con un vocabulario accesible y sin tecnicismos o con las aclaraciones y explicaciones pertinentes que hacen posible el mejor entendimiento de cada proceso o situación histórica particular. Escrita por un historiador y filósofo de la ciencia, la obra demuestra en su contenido una prosa prolija y sumamente ordenada con un amplio conocimiento de la temática desarrollada. Muchos de los capítulos y las secciones del libro asimismo reflejan la labor de años de investigación sobre esta temática y sus abordajes previos que se vuelcan concatenadamente en una historia de la ciencia argentina a través de sus hombres e instituciones más representativas. En el mismo sentido, cada sección histórica señala un conocimiento historiográfico actualizado y atento a los avances en las producciones científicas más recientes sobre la historia de la Argentina de cada período.

Es de destacar también los aportes —como apartados que se van desarrollando en el libro— de reconocidos historiadores de la ciencia, sobre todo en algunas de las secciones de *Ciencia e historia*. Así, la obra cuenta con la contribución de especialistas como Marcelo Monserrat, Irina Podgorny, Lewis Pyenson, Diego Hurtado de Mendoza, Analía Busala y Eduardo L. Ortiz. Todos ellos contribuyen a aclarar la historia del período sobre el que escriben y aportan nuevas luces sobre las etapas del desarrollo científico en que se especializan. Sin embargo, cada una de estas secciones, o bien repiten algunos de los temas abordados por Miguel De Asúa en el resto del libro, o se salen de la línea expositiva que sigue el texto, actuando en desmedro de la claridad que otorga la prolijidad y el orden general del resto de la obra. De esta manera, uno se pregunta, a modo de ejemplo, cómo el capítulo 29, contribución de Eduardo L. Ortiz, que abarca la historia de la investigación matemática en la Argentina desde 1870 hasta 1960, se presenta como un apartado hacia el final, cuando el desarrollo temporal fue la estructura que primó en la organización del texto.

Los nombres que recorren los episodios de esta historia comienzan con el jesuita

Buenaventura Suarez, astrónomo santafecino que durante la primera mitad del Siglo XVIII efectuara desde la selva misionera observaciones astronómicas que serían apreciadas por sus colegas europeos. Sobre él, el autor considera al primer “científico criollo”, bajo el criterio de que fueron suyas las primeras comunicaciones científicas de gran prestigio. De esta manera, los orígenes de la ciencia argentina reposan sobre la observación de los cielos del sur en el siglo XVIII. Luego el autor, avanza con las observaciones del naturalista Félix de Azara sobre el litoral rioplatense y lo presenta como el más ilustre personaje de la lista de los que integraron las expediciones científicas españolas de fines de siglo.

La siguiente etapa de la historia de la ciencia en la Argentina la conforman los revolucionarios de mayo: con la militarización de la enseñanza técnico-profesional, necesaria al calor de las circunstancias, vemos el surgimiento de los primeros establecimientos de enseñanza científico-militar que retomarían su carácter civil con su reincorporación a la Universidad de Buenos Aires en 1821. Vemos también en este período la llegada de algunas figuras de fama internacional y de gran importancia para la historia natural, como el mismo Aimé Bonpland o Joseph Redhead.

A la década de 1820, el autor la titula la “primavera científica”. De esta manera destaca la vitalidad científica del período en cuestión, que, sin embargo, no habría de durar mucho. A través de la creada Universidad de Buenos Aires, y de su Departamento de estudios preparatorios, la cultura científica de aquellos años conocería su mayor esplendor. En este sentido, también cabría destacar el papel de personajes como Rivadavia. Para el período siguiente, el de “la ciencia federal” primarán más las limitaciones que el apoyo al desarrollo de la ciencia de nuestro país.

En este punto se vuelve necesario reconocer una salvedad que el mismo De Asúa realiza en su obra, a saber, sobre los problemas de aplicar elementos de la historia política a las periodizaciones acerca del porvenir de la ciencia nacional. Al respecto nos aclara las limitaciones que esto ha generado para el estudio de la historia de la ciencia en los años del rosismo. Si bien la misma no habría de ser un factor de relevancia para la política oficial, se pueden encontrar en este período, personajes como Francisco Javier Muñiz y Felipe Senillosa o Marcos Sastre.

Años después, con la separación de Buenos Aires de la Confederación Argentina, el

desarrollo científico prosiguió por dos caminos separados aunque no sin tensiones entre ellos. Urquiza, del lado de la Confederación, se preocupó por la promoción de las actividades mineras y agroganaderas y por ello contrató del exterior personajes que se encargaron del relevamiento del territorio nacional, a los que el autor llama los tres naturalistas “francófonos” de la Confederación (du Graty, Bravard y de Moussy.) Del otro lado, en Buenos Aires, el desarrollo de la actividad científica vino de la mano del grupo profesional de los farmacéuticos porteños que dedicaron grandes esfuerzos al desarrollo de las ciencias naturales. Al mismo fin contribuyeron los profesores italianos contratados para trabajar en el recientemente creado Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires.

El siguiente gran momento de esta historia ocurre durante la presidencia de Domingo F. Sarmiento. Es aquí cuando se comienza a organizar la Academia Nacional de Ciencias, se funda el Observatorio de Córdoba y se crea la Sociedad Científica Argentina. Es el momento también de la profesionalización de las ciencias naturales en el país con figuras como Burmeister al frente del Museo de Buenos Aires. Es asimismo el momento de los “sabios alemanes de Córdoba” (Lorentz, Fritz, Bodenbender, entre otros) “que instalaron el cultivo de las ciencias experimentales en el interior de nuestro país”.

Para los últimos años del siglo XIX se completa el reconocimiento geográfico del territorio nacional a manos de militares, naturalistas y exploradores que avanzan al ritmo de las expediciones organizadas para la conquista del Chacho y del “desierto” en la Patagonia. Se nos presentan en esta parte de la historia, el Perito Francisco Moreno, el geólogo J. María Sobral o Florentino Ameghino.

El siguiente siglo llega de la mano de, entre otros, Enrique Gaviola y la modernización de la física en la Argentina, la visita de Einstein al país, o los trabajos de Ángel Gallardo, Ramón Loyarte y José Arce. Sin embargo, el gran momento de la ciencia argentina será, según De Asúa, el que llega en el segundo tercio del siglo XX con Houssay, Leloir, Braun Menéndez, De Robertis y Milstein. Todos ellos forman la “Gran tradición” de la ciencia argentina, contribuyendo no solo al espectacular desarrollo de la ciencia biomédica mundial, sino al desarrollo científico nacional. Comenzando con Houssay, dichos personajes influyen decididamente en la conformación del

científico consagrado exclusivamente a su tarea, separado de la escena pública y política, solo consagrado a la tarea de la investigación.

Las últimas cuatro décadas de esta historia atestiguan el desplazamiento del eje de la actividad científica, antes centrado en la investigación fundamental, hacia los desarrollos tecnológicos. Es el gran momento de la ciencia básica y del recíproco crecimiento tecnológico. Es, además, el momento donde concluye el recorrido de esta historia de la ciencia en Argentina lo que nos permite entrever el interés del autor focalizado sobre todo, en aquellas instituciones y figuras que de algún modo u otro, contribuyeron en la conformación de los diversos modelos de investigación fundamental. Es decir, en la conformación de una ciencia argentina.

En el recorrido de esta historia, Miguel de Asúa nos permite recuperar el valor y la gesta de aquellos que sin demasiados recursos institucionales y estatales —o directamente sin ellos— pudieron llevar adelante una tarea demasiado cara no solo al desarrollo de la ciencia nacional, sino al de la sociedad, la economía y la cultura del país. No sin cierta nostalgia, el valor del libro quizás radique en el hecho de que además de informar, le permite a uno sentir cierta dignidad al enarbolar los nombres y las biografías que constituyen esa Gloria silenciosa.